

JUSTO JUBERÍAS

El cura de las piedras de Palazuelos



Tomás Gismera Velasco

Si bien, mejor que el cura de las piedras, como fue conocido, debieron haberle

denominado, con mayor propiedad, el cura de los fósiles, o de la arqueología. El hombre que, dentro de la provincia de Guadalajara, puso quizá el primer baldón para el estudio del tiempo siendo, por demás, el mejor colaborador de los arqueólogos más conocidos de los inicios del siglo XX español, cuando la arqueología comenzaba a dar sus primeros pasos, y los primeros arqueólogos, llámense Enrique de Aguilera -Marqués de Cerralbo- o Juan Cabré, se iniciaban en el mundo del descubrimiento de nuestras señaladas necrópolis. Aquellas que dieron fama a poblaciones como Higes, Palazuelos, Cerropozo –Atienza-, Alcolea de las Peñas y tantas más. Cerralbo y Cabré se llevaron la fama, pero detrás de muchos de aquellos importantes descubrimientos se encontraba la figura estirada, amable y despierta de don Justo, un cura de pueblo, natural de Palazuelos, que pasó por la historia arqueológica, prácticamente de puntillas.

En Palazuelos nació, a las puertas de la Navidad de 1878, el 19 de diciembre, y en Palazuelos dio sus primeros pasos y se comenzó a formar hasta que pasó a Sigüenza para seguir la vida del sacerdote, estudiando en el seminario de San Bartolomé. En Sigüenza se ordenó sacerdote en 1904, pasando dos años después, en 1906, a la iglesia de Santa María de Huerta, de la que fue nombrado ecónomo, y en donde la casualidad le hizo conocer a don Enrique de Aguilera, el Marqués de Cerralbo quien, en Santa María de Huerta tenía su finca de recreo, “El Castillo”.

Don Justo llegó a Santa María de Huerta a mediados de noviembre de aquel año, el día 14. Un destino que marcaría su vida, y una población que ya conocía, al menos de referencia, puesto que uno de sus hermanos, Segundo, ejercía allí como administrador de Cerralbo.